

Ulyses

Noticiero

MI VIDA DE NEGRO.

Richard Wright es un escritor de color, nacido en el sur de los Estados Unidos de Norte América, que, en su obra «Mi vida de negro», narra en forma emotiva y descarnada los sufrimientos de los seres de su raza, primero en el regazo duro de su familia y en seguida en el medio social, frente al abismo constituido por la raza blanca. La obra está escrita en un estilo directo, de tono escabroso y autobiográfico revelando el autor que ha despreciado toda ficción retórica, para escribir en primera persona, como si compusiera un simple diario de su vida, del cual fluye la composición novelesca en forma espontánea, lo mismo que la poesía y el acierto de la descripción. Como todo escritor de estricta inquietud psicológica, Richard Wright economiza los pasajes descriptivos y se dedica por entero a perfilar los contornos humanos de sus héroes, con trazos hondos y escuetos, sin que nada sobre ni falte en el retrato que vive y actúa frente al lector, por lo general, con sus peores características.

Los negros, vistos a través de Wright, son individuos extraordinariamente sensibles, de pasiones densas y por ende recalcitrantes con sus odiosidades y sus creencias religiosas. El

catolicismo ha encontrado en ellos una arcilla leal, tan plástica como primitiva, donde no caben sofismas, ni digresiones mundanas, cuya fe es cerrada y dogmática, obsequio puro de la raza hecho a Dios, según recomendó San Pablo. El, en cambio, es un negro orgulloso y díscolo que no acepta el sentido de inferioridad que domina a los de su raza, traduciéndose en odio reconcentrado o en conformidad servil y que, lógicamente choca primero con sus padres y abuelos y después con los muchachos del colegio, culminando su pugna con sus maestros de color. Debe recordarse que el hogar negro mantiene una organización patriarcal y que no es raro que la abuelita golpee al nieto o el tío al sobrino, sin que la víctima descubra otra alternativa que la fuga. En el caso de estos negros del sur la escapatoria está en irse al norte para disfrutar de una sociedad más tolerante, plasmada con factores comerciales y no, exclusivamente derivada de la organización agrícola y aristocrática como ocurre en el sur.

Restaría señalar el choque sordo, violento o trágico de los negros con los blancos: la necesaria sumisión con que los elementos de color deben tratarlos, sus frases respetuosas articuladas con un lenguaje invertebrado y suave, semejante al castellano que hablamos los iberoamericanos y especialmente, los chilenos, pero todavía más meloso. No hay rubor en que varios blancos se pongan de acuerdo en intrigar a dos muchachos negros, haciéndolos armarse de cuchillos para que se maten a la vuelta de una esquina o, por lo menos, se cojan a bofetadas; ni hay escrúpulo en cerrarle las posibilidades al muchacho negro que desea surgir en una actividad menos doméstica que aquélla destinada cruelmente a los hombres de su raza. Para los blancos, el negro huele mal y quien abraza a una negra queda impregnado de su olor durante un mes y según los negros, el blanco huele a cadáver, o sea, posee un hedor algo más insoportable que el muy natural de las razas primitivas, vinculadas aún a las atracciones animales.

Pero este muchacho negro, que narra sin melindres los azares de su propia vida, díscolo a las rutinas familiares y religiosas, rebelde a las humillaciones que soportan y hasta buscan muchos elementos de su raza, a quienes los blancos desprecian y humillan, logra acumular dinero y partir al norte, zona en que, según anuncian las solapas de su propio libro, se dedica en la actualidad a la literatura y al periodismo, con justísimo éxito.

VIVIR Y LEER.

El mayor yerro del escritor es mirar la existencia desde un ángulo exclusivamente literario. Sólo los temperamentos excepcionales o los genios triunfan observando la vida a través de un prisma recargado de imágenes librescas. Es un hecho curioso que los grandes éxitos de orden literario, los alcancen los escritores menos literatos, aquellos que han mirado la vida buscándole un sentido o sabor original.

Cervantes, el más grande genio de España, no es un literato en el estricto sentido del vocablo. Guerrcó en Lepanto, estuvo cautivo en Africa y volvió a España tan inseguro y modesto, que frente al Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, no se atrevió a cruzar palabras. Esa misma predisposición lo impulsó a la novela en vez del teatro, a pesar de crear los entremeses, sintiéndose incapaz de ocupar sitio junto a Lope. Sólo podría enfrentarsele con un literato de genio, como fué don Francisco de Quevedo y Villegas, hombre de Corte, diplomático y erudito autor picaresco, que murió pobre de solemnidad, solitario e hidalgo.

En Inglaterra, tenemos a Shakespeare, otro monstruo genial que tampoco fué literato. Da la impresión, más bien, de haber sido un aventurero, sefardita quizá, carente de las reticencias inglesas, que acompañaba y asesoraba a sus propios cómicos y que ofrecía platos fuertes, de locas pasiones, a una